

---

## Editorial

### *Crear conciencia con ciencia. Otro frente de batalla.*

En el transcurso de esta demoledora pandemia, asistimos, en muchas ocasiones, al rechazo vehemente, por parte de algunos sectores poco propensos a confiar en la ciencia y sus azarosos protocolos, ejerciendo una oposición frontal contra todo intento de control de los contagios, como el uso de mascarillas, respeto de la distancia social y limitación de reuniones, llegando inclusive a negar la existencia misma del virus.

La hoja de ruta propuesta a nivel mundial con el fin de evitar o al menos, disminuir la transmisión del SARS CoV2, incluye vacunas nuevas, con el respetable fin de obtener resultados útiles, difíciles de predecir, por su carácter de inéditos, pero avalados por el objetivo que los mueve, debe formar parte de la conciencia necesaria que se debería asumir en esta contienda tan desigual y atroz por momentos.

¿Como lograr esa conciencia de beneficio general y solidario? Recurriendo una vez más al bagaje de sabiduría existencial de la humanidad, materializado en los avances de la ciencia que nos han permitido evolucionar como especie.

El escepticismo en estos escenarios no es una situación nueva, Edward Jenner (1796), y su descubrimiento de la vacuna de la viruela, también lo sufrieron. La negación no es un patrimonio de nuestro tiempo.

El conocimiento universal y globalizador de la realidad, define en toda su extensión posible, al conjunto del saber de una persona formada en el ámbito universitario, o al menos, lo que la sociedad demanda de esa formación.

El diagnóstico global de la anomalía de esta situación es la negación, y el tratamiento propuesto, aportar los argumentos científicos a nuestro alcance, que avalan el progreso de la humanidad a través de los descubrimientos médicos de mayor peso en la historia de las sociedades modernas.

Un repaso muy sobrio y breve por la historia de la medicina, nos recuerda que, Claudio Galeno (160 AC), ejerció su práctica médica bajo el prisma de la teoría de Hipócrates (400 AC), atribuyendo las enfermedades al equilibrio de los humores en el organismo. Sin este punto de partida, a todas luces equivocado, la medicina, probablemente no hubiera evolucionado mas allá de las sangrías y la influencia de chamanes y curanderos medievales.



---

Andrea Vesalio (1533), comienza con la disección sistemática de cadáveres, rubricando el acta fundacional del estudio de la anatomía como pieza imprescindible en la formación de los médicos de entonces.

Más de dos siglos después, y ya sin la exaltada persecución de la Santa Inquisición hacia los estudiosos de los cadáveres, el escocés Matthew Baillie (1793), escribe el primer atlas de anatomía de personas enfermas “The morbid anatomy of some of the most important parts of the human body”.

Nombres propios como William Morton (1846), Joseph Lister (1865) y Alexander Fleming (1928) consiguen erradicar el dolor y la infección de los procedimientos quirúrgicos y las enfermedades más habituales de la época.

Con su contribución comienza la era de los grandes cirujanos, los artistas quirúrgicos que dejaron su impronta y personalidad no solo en sus técnicas operatorias, sino también en el material quirúrgico ad hoc, que inclusive hoy seguimos utilizando (Halsted, Chiari, Volkmann, Billroth y Cushing, entre otros pioneros y prohombres de la cirugía).

Este breve y muy resumido repaso histórico desde la Grecia Antigua hasta nuestros días, destaca la enorme aportación de la ciencia al diagnóstico y tratamiento de las enfermedades de la humanidad, aunque lo hicieran, con los medios y las creencias de cada época en particular.

Cabe reflexionar sobre la importancia de oponerse a estos movimientos de desconfianza con argumentos sencillos, sosegados y de hondo calado racional y profundas raíces científicas.

Debemos convencernos y convencer que el progreso en favor de la evolución del ser humano ha ido siempre de la mano de la ciencia y su lucha contra la enfermedad, y esta porfía, común a todos los tiempos, ha atravesado la historia, desde el empirismo hipocrático más primitivo, como las sangrías y las purgas, pasando por descubrimientos fortuitos, como los antibióticos o los rayos X (Wilhelm Roentgen, 1895), y otros fruto de la investigación constante, como las vacunas (Jenner, 1796; Pasteur, 1885), hasta llegar en la década de 1970, al desarrollo de terapias dirigidas desde la esencia misma de las defensas propias de cada organismo, con el descubrimiento de los anticuerpos monoclonales (Milstein y Köhler) para presentar batalla al emperador de todos los males: el cáncer.

Siglos atrás, las personas y su empeño individual investigaban y descubrían avances trascendentales para la Humanidad; en la actualidad, los mayores adelantos surgen del trabajo en equipo, de grupos diseminados en distintos lugares del planeta y de compartir y repartir las tareas, muchas veces titánicas, como el diseño del mapa del

---

genoma humano, con una condición común entre ellos: el espíritu de equipo, poniendo como meta el conocimiento y el servicio a los demás.

En este marco que nos ha tocado vivir, más que nunca, la Ciencia en todas sus disciplinas debe obtener el reconocimiento y la confianza de la sociedad a la que dirige sus esfuerzos. Una sola salud nos rodea, nos cubre con su manto de expectativas y dudas, y nos arropa, junto con el conocimiento de miles de años en la certidumbre que con pasos prestos y seguros llegaremos a conseguir un triunfo más.

Vivimos inmersos en la era de la información, y como herederos del conocimiento universal de las cosas, debemos llegar a la gente con la humildad que otorga este conocimiento, intentando crear conciencia a favor de la ciencia y su trabajo por la salud y el bienestar, con una oposición firme, pero tranquila, frente a la aridez de la negación por la negación misma.

Adrián Romairone Duarte, MV, PhD  
2021

